

la del narrador, pues mientras aquél está pronto a perder la vida en defensa de sus ideas, éste mantiene una actitud objetiva, rehusando el compromiso. Pero semejante disyuntiva es también difícil —medita Brown— porque la independencia significa aislamiento y soledad. Sin embargo, los acontecimientos empujan al narrador a una situación tal que hace imposible su permanencia en el país, obligándolo a abandonar su hotel y a ganarse la vida en una empresa funeraria con sede en la vecina República Dominicana. Allí, suponemos, regresará a su letargo habitual; pero Brown ya no es el mismo: su acción audaz lo ha comprometido, no con un credo ideológico, sino que con el género humano. Y esto lo enaltece. En resumen, una gran novela de Graham Greene, cuya eventual traducción al español es esperada ansiosamente por sus múltiples admiradores latinoamericanos.

ARTURO TIENKEN.

<https://doi.org/10.29393/At412-53MFAT10053>

*A Moveable Feast*, de ERNEST HEMINGWAY. The Reprint Society, Londres, 1965.

Entre 1922 y 1927, aproximadamente, vivió Hemingway en París con su primera esposa, Hadley Richardson. Contaba en ese entonces unos 23 años, y quería someterse a la dura prueba de la creación literaria verdaderamente original, forjando un estilo propio ajustado a la fidelidad de su experiencia, a más de una observación descarnadamente objetiva. Difícil meta la que se propuso, como bien lo sabe todo escritor, pero finalmente coronada por un éxito de tal magnitud, que Hemingway ayudó a definir el rumbo de la literatura europea y norteamericana de nuestro siglo. Ese lustro, si bien de estrechez económica, fue uno de los más felices en la agitada vida del escritor desaparecido. De ello da cuenta en un volumen de reminiscencias, publicado en 1964, a tres años de su muerte. *A Moveable Feast* es el curioso título de la obra, la que ya ha sido traducida al español y publicada por Seix Barral con el nombre de *París es una fiesta*. Ignoro si el título lo impuso el autor, la editorial o la familia; pero en una carta dirigida a un amigo escribió lo siguiente: "Si has tenido la suerte de vivir en París durante tu juventud, entonces, dondequiera que vayas por el resto de tus días, la ciudad te acompañará, porque París es una fiesta movable". Fiesta en su connotación de regocijo, de *joie de vivre*, de variedad calidoscópica en sus escenarios cambiantes y en su profusión de personajes. Pero es la ciudad la que domina el libro: un París observado y sentido en todo el esplendor de una pintura brillante, exento, sin embargo, del sentimentalismo comercial a que nos tiene acostumbrados el cine, las canciones y la propaganda de viaje. Hemingway logra personalizar la ciudad identificándose con ella a través de sus actos. Por ejemplo, no se limita a describir los diversos cafés que frecuentó, sino que nos cuenta que en ellos escribía durante horas enteras, sentado en un rincón, absorto mientras los parroquianos entraban y salían. O describe a los

mozos, amigos personales, señalando sus tragedias íntimas y sus rasgos humanos. El interés del libro radica en la visión introspectiva del autor que emana de su relato: Hemingway se revela ante el lector con caracteres personalísimos, de tal modo que toda su producción literaria se modifica ante nuestros ojos por este conocimiento, por esta revelación del hombre que yace detrás del artista. El retrato no es siempre halagüeño, ni de él ni de aquel mundo fascinante de novelistas, poetas, pintores y mujeres que incluye en este libro. En el prefacio anota que ha omitido mención de muchos lugares, gente, observaciones e impresiones, en parte porque "algunos constituyen secretos, y otros porque ya son demasiado conocidos por todos, y todos han escrito sobre ellos".

Hasta cierto punto, la naturaleza selectiva obedece a razones de forma. Hay un contraste violento entre la pobreza que comparte con su esposa, y la opulencia que rodea a Gertrudis Stein en su departamento de 27, Rue de Fleurus. Pero es Hemingway quien aparece como el más afortunado, entronizado en su talento y en el vigor sano y juvenil de su felicidad conyugal. Escucha a la Stein, aprende algunas cosas y descarta todo aquello que no encuadre con su propio concepto de la técnica literaria y de sus objetivos. Y si Gertrude Stein aparece como una mujer egocéntrica, portadora de prejuicios que atentan contra la honestidad que persiguió Hemingway durante su carrera, el lector atento no puede menos que pensar en aquello de la paja en el ojo ajeno, en cuanto a carácter se refiere.

El retrato que nos entrega de su amigo Ezra Pound es más generoso. Le enseñó a boxear y jugó tenis con él, actividades que humanizan al gran poeta norteamericano, "uno de los hombres más buenos del mundo", según testimonio del propio Hemingway y de todos sus contemporáneos. Erudito y noble de sentimientos, Pound despertaba afectos duraderos; su figura contrasta con la aversión indisimulada que a Hemingway le causaba Wyndham Lewis, el pintor y literato, "la personificación del mal". Desfilan por estas páginas morfinómanos, charlatanes, y pintores malditos, enfocados certeramente a través del diálogo y de la observación exenta de artificios. La galería de personajes culmina con F. Scott Fitzgerald, a quien Hemingway dedica tres capítulos. En el primero relata un viaje que ambos escritores emprendieron a provincia, y el cual sirve a Hemingway para describir el carácter inestable, la hipocondría y la falta de sistema en la vida personal del autor de *Gatsby*. Afortunadamente para nosotros los admiradores de Fitzgerald, el relato está escrito con una dosis de buen humor que hace sumamente amena la lectura y atenúa cualquier impresión desagradable que nos pudiera causar el tono de superioridad y paternalismo del propio Hemingway. En general, Fitzgerald aparece como un hombre amable, ingenuo, víctima de su impotencia ante el alcohol y la rapacidad egoísta de su mujer Zelda, uno de los personajes más nefastos que conociera Hemingway. La tragedia de Fitzgerald, otro genio maldito, tiene su origen en la incomprensión y egoísmo de aquella mujer a quien Hemingway compara con un ave de rapiña. Scott Fitzgerald, quien con el correr del siglo se convirtiera en uno de los autores más significativos de

nuestro tiempo, adquiere aquí una dimensión patética que, incluso, parece simbolizar la tragedia personal padecida por tantos individuos de esa generación "perdida".

Un libro, en síntesis, que no afectará mayormente la reputación del escritor desaparecido, pero que sí, mirado en su perspectiva correcta, añade un elemento que faltaba a la producción novelesca de Hemingway: el conocimiento del hombre en cuyo seno se gestó la obra de arte.

ARTURO TIENKEN.

*Una flecha en el aire*, de ARTURO ALDUNATE PHILLIPS.

Editora Zig-Zag, 1966

Los progresos científicos han creado un original humanismo, incitan a ver las realidades desde un ángulo esencialmente matemático, preciso, rítmico, en cuyos dominios la eterna belleza del mundo adquiere formas singulares, nunca imaginadas.

Arturo Aldunate Phillips, de una manera sencilla, con máximo rigor científico, escribe en torno a una serie de problemas de nuestra era atómica. Lo hace con admiración, sin copar los temas, porque los hontanares de la ciencia renuevan su borboteo, porque las hipótesis, en cada fracción de tiempo, amplían su base, muestran profundidades insólitas, inesperadas.

Ha escrito un libro de interesantes planeamientos: Antiuniverso y Antimateria, Máquinas inteligentes, Nuevos inmortales, Albert Einstein, hombre y filósofo, Ignacio Domeyko, Andrés Antonio de Gorbea. Como título general, *Una flecha en el aire*, denominación del ensayo que obtuvo el primer premio del Concurso COPEC.

Dice el ensayista: "Las matemáticas constituyen la malla de oro sobre la cual la ciencia, la filosofía y las artes tejen sus primores". Sin duda, a esos rigores se unen la intuición y los vuelos imaginativos. Entonces se produce la exacta anticipación del porvenir, un proceso de adivinaciones, un estar en permanente situación expectante.

En el ensayo titulado *Una flecha en el aire* el ensayista, con sus reteles científicos, con sus armonías de número y línea, se aproxima a los recintos de la belleza, a los cánones de una proporción áurea, que se hace verdad geométrica en varias construcciones de la naturaleza. En estas páginas se enlazan las riberas de la ciencia y de la filosofía existencial.

Serios problemas de índole filosófica se plantean en este ensayo. Supone algo así como enfrentar las posiciones racionalistas y espiritualistas. Escribe Aldunate Phillips: "La afirmación de que todo lo que deviene está sujeto a estrictas leyes de comportamiento ha sido, aparentemente, agrietada con los planteamientos de Heisenberg y su principio de la incertidumbre. El altísimo matemático y físico, absorto e influenciado por su propio descubrimiento, llegó a decir frente a las paradojas de la física